

Orlada, lleva; es oro su calzado;
Oro flexible anuda su cabello;
Oro y concha el carcaj, coge un zafiro
Y oro de Ofir su túnica de Tiro.
Los próceres de Troya, Ascanio bello,
Y en hermosura y gentileza solo,
Al frente de ellos la acompaña Enéas.
Tal de Xanto en las márgenes Ideas
Su gallarda belleza ostenta Apolo,
O ledo torna á la materna Delo,
Acostumbrado á que su altar inciese
El Agatirso, el Dríope, el Cretense,
Y con rítmico pié batan el suelo.
O de Licia los campos hibernizos
Deja, y de Cinto por la falda amena
Ya discurre; el carcaj al hombro suena,
Y el lauro cerca los ondantes rizos.
Tal se ostentaba hermoso el Frigio claro,
A los altos llegando y breñas duras,
De los brutos recónditos amparo,
Un súbito tropel ya de monteses
Cabras se precipita á las honduras;
Ya de ciervos allá vagan cuadrillas,
Que al río en polvo esconden las orillas,
O van veloces á arrollar las mieses,
Gózase Ascanio en su corcel ligero,
Aquí y allí persigue sin reposo;
Ver que se lance prefiriera, empero,
Rojo leon ó jabalí cerdoso.

El cielo en tanto con bramante estruendo
Truena, y torrentes un nublado horrendo
Arroja; tiritos, frigos y el precioso
Nieto de Venus huyen cada uno
Procurando un abrigo el más cercano.

La misma gruta el príncipe troyano
Y Dido entran. Dan la Tierra y Juno
La señal..... Lumbre el éter al liviano
Himeneo tristísima le presta.
Las ninfas por el monte ágrío alarido
Mandan. ¡Día infeliz! ¡Hora funesta!
No la sujeta ni razón ni fama
Ya; su insana pasión no esconde Dido,
Y la culpa su voz consorcio llama.

De Libia entónces por los pueblos vuela
La Fama, el más veloce de los males
A quien la fuerza andando se acrecienta;
Medrosa, á los principios se cautela,
Rumbos después tentando desiguales,
Toca el suelo su pié, nubes su frente.
Digna hermana de Encélado y de Ceo,
La tierra la engendró con el deseo
De venganza. Ave monstruo, tantos tiene
Cuántas plumas, oídos, vigilantes
Ojos, bocas y lenguas incensantes,
E igual velocidad en piés y alas.
Por la noche, sin sueño, oculta viene;
De día invade concurridas salas
O altas almenas, y de allí, de espanto
Tal vez llenando las ciudades, vierte
Duelos y glorias de la misma suerte.

En decir lo que ha sido y que no ha sido
Gozándose, contábales, al tanto,
A aquellas gentes la ominosa dea
De un frigio Enéas á África venido,
A quien tributa sus halagos Dido;
Y, olvidado el reinar, sólo se emplea
El largo invierno en regalados goces.
A Yarbas llegan las punzantes voces.
De Jove Ammon y de una ninfa, al suelo
Robada de los fieros Garamantes,
Hijo este rey, con poderoso celo
Cien templos á su padre alzó gigantes.
Grato el fuego á los dioses, noche y día
En las aras magníficas ardía:
Los suelos riega en pingües sacrificios,
De flores con guirlandas liberales
Los pórticos adorna y frontispicios;
El cual, enfurecido á nuevas tales,
Al cielo alzadas las devotas manos,
De los altares ante el sacro fuego,
A Júpiter así dirige el ruego:
«Júpiter fuerte, á quien vistoso culto

Báquico dan tus fieles Mauritanos,
¡Esto permites? ¡Son estruendos vanos,
A la ofensa no amagan y al insulto
Tus rayos, cuando tronador aterras?
Una mujer errante á nuestras sierras
Arriba; algún espacio que cultive
Y funde una ciudad, á expensa poca,
Por la orilla del mar de mí recibe;
Sujeta siempre á mi dominio, y loca
Desprecia, al fin, el cetro que la brindo,
Y me antepone otro Dardanio lindo.
¡Que el nuevo París, con su lídia toca
Y perfumado bozo, así me robe!
¡Y soy tu hijo, poderoso Jove!»

Oye el Rey de los dioses, y la vista
Vuelta hácia aquellos débiles amantes,
Tan otros hoy de lo que fueron ántes:
«Solicito los céfiro alista,
Hijo, á Mercurio dícele, y dirige
Para Cartago el vuelo, adonde Enéas
Olvida, en ocio vil altas ideas;
Parte, y palabras que en su mente fije
Véle á llevar. Concepto diferente
Formaba y díonos de él su madre bella;
Para otro fin, una y dos veces, ella
Del griego acero le libró. Valiente
Sangre de Teucro, ¡él era quien debía
Regir á Italia belicosa y pia!
Fundar un pueblo que imperase al orbel....
Si otra atención su pensamiento absorbe,
Y por sí gloria tanta no le mueve,
¡Al hijo suyo defraudarle debe
De ella y de Roma? ¡Qué medita? ¡Espera
De enemigos favor? ¡Vuelva al dominio
Que en él se libra el ánimo; requiera
Su estado ausonio y vínculo lavinio.
Parta sin más demora: esto pronuncio;
Sé de mi voluntad rígido anuncio.»

Dijo: á su regio padre el mensajero
Dios obediente, cálzase ligero
Los talares aligeros que, ora
Por cima al suelo si á la mar se muevan,
Cual relámpago, rápido le llevan.
La vara luego empuña voladora,
Que ánimas leves trae del Averno;
Otras le manda á descansar eterno;
Quita el sueño y lo da; fácil ahuyenta
Los vientos, ó disuelve la tormenta.
Vuela y pronto descubre el agrio Atlante;
Atlante, que azotar continuamente
Ve de lluviosas ráfagas su frente
Pinífera, ciñéndola constante
Nube invernal; encima estriba el cielo;
Cubre nieve sus hombros densa, y mana
Ríos; su añosa barba escarcha el hielo.
El hijo, aquí, de Maya (era su abuelo
Materno, pues, el monte) un breve instante
Pára. Ya sigue, y cual su vuelo allana
A ras del agua el ave pescadora,
Deslizase entre cielo y tierra ahora,
Y salva el dios las líbicas arenas.

Luégo, el alado pié sentado apenas
En la nueva ciudad, por ella advierte
Fundando techos el troyano fuerte.
De nácar es el puño de su espada,
Pende á sus hombros clámide bordada
En oro, de la Reina obra y presente.
Llega el nuncio y le dice estas palabras:
«¡Luego, cartagines marido, labras
Esta ciudad! Empresa diferente,
Que olvidas ciego, era la tuya. El mismo
Rey de tierras y cielo á tí me envía.
¡Qué intento aquí te empeña todavía?
¡Qué esperas? Si tal es el parasismo,
Que ya tu propia gloria no te mueve,
La de tu sangre considera; el tierno
Ascanio, á quien el ítaló gobierno,
Roma y el suelo hespérico se debe.»
Dichó lo cual, negándose al sentido,
El núnen se incorpora al aire leve.
Enéas enmudece estremecido,
Todo en la frente se le eriza el pelo;

Aviso tanto que le envía el cielo
Pasma su corazón. La tierra (cara
Todavía) dejar al punto ansiára.
Mas ¡ay! ¡Cómo? ¡En qué voces á la amante
Reina decir!..... ¡Dónde empezar!..... ¡Qué instante
Escoger!..... Ya un arbitrio, ya otro piensa,
Y la mente entre mil vaga suspensa.
Lo que decide al fin dispone presto;
A Mnesteo, á Cloantes y á Segesto
Manda llamar, y les revela todo:
La flota habilitar tácitamente,
Que estén prontas las armas y la gente
A ellos encarga, y la intención se calle.
El, entre tanto, coyuntura y modo
De aplacar á la Reina acaso halle;
¡Amantísima Dido, bien ajena
De que se rompa su feliz cadena!
Pártense, y en el cargo que le cupo,
Cada cual de los tres gustoso ordena:
Harto pronto la Reina (¡quién aspira
Una amante á engañar?) su daño supo;
Ella, que ya temiera sin motivo,
Tuvo luz al primer preparativo.
Hay ya rumores de zarpar. En ira
Arde feroz, las calles, semejante,
Atraviesa, á la férvida Bacante,
Cuando á la orgia trienal su turno
Llegó, llamada al excitante rito
De Citeron por el clamor nocturno.

Con Enéas se encara al fin: «¡Delito
Tanto ocultar, oh pérfido, creíste!
¡De oculto huir!..... ¡Y no te detenía
Nuestro amor, ni la fe jurada un día,
Ni Dido muerta y su agonía triste?
¡El invierno y los fieros aguileones
Arrostrar engolfándote dispones,
Críel! Si el rumbo aún no dirigieras
A incógnitas orillas extranjerías,
Si Troya fuese, ¡á Troya, por ventura,
Iriase con mar tan mal segura?
¡Huyes de mí!..... Por este llanto, esta
Mano tuya, por tí (puesto que nada
Me dejó mio mi pasión funesta),
Por nuestras dichas, por la unión gozada,
Himeneo de amor; si cupo, á suerte,
Que en algo te merezca agradecido,
O si alguna afición pude deberte;
De mí, de tanta perdición te pido
Que te lastimes. Si es que á dicha acierto
El ruego, y cabe aún, muda de intento.
Por tí mi pueblo me aborrece, guerra
Me amenazan los reyes de esta tierra,
Por tu causa. Pudor y miramiento,
Y fama que á las auras me subía,
Por tí perdido todo. ¡Ay! ¡á qué suerte
Me dejarías próxima á mi muerte?
Huésped, nombre que solo todavía
Del de esopo ha quedado, ¡qué me queda
Que esperar? ¡En mi régia (1) hórrido estrago,
Cuando Pigmallion cumpla el amago,
O ya cautiva á su Getulia pueda
Yarbas llevar la reina de Cartago?
¡Siquiera, si, ántes de tu marcha, alguna
Prenda de tí debiese á mi fortuna!
Un tiernezuelo Enéas, que jugára
En mi claustro (2), del padre imagen cara,
Acaso abandonada enteramente
No me creyera.» Cesa: él, en la mente
Siempre el mandato de los dioses fijo,
Mirando al suelo, con fatiga dijo:
«Reina, jamás lo mucho que te debo
Podré negar, ni dudará remisa
Mi gratitud; mientras alumbre Febo,

(1) Régia; palabra latina que significa mansion Real, corte, reino, etc. Aquí se refiere indudablemente á la ciudad de Cartago. Virgilio dice así:

¡Quid moror? an mea Pygmalion dum monia frater

Destruat?.....

(Nota del Colector.)

(2) Claustro. MAURY usa aquí este vocablo en la acepción anticuada de cámara. (Id.)

Mientras me lata el corazón que llevo,
Con tierno amor me acordaré de Elisa.
Vengo á los cargos. Nunca abandonára
Yo tus dominios, ni de mí lo creas,
Furtivo; libre sí: nunca del ara
Nupcial que ardiesen presumí las teas.
Si hubiesen permitídomelos hados
A mi arbitrio vivir, y mis cuidados
Tratar, á Troya, á sus reliquias pio
Sólo atendiera allí: Pérgamo fuera;
Tuviera otra Ilión el pueblo mio.
Italia, pronunció la voz severa
De Apolo y del oráculo de Licia;
Italia sola debe mi codicia,
Mi amor y patria ser. Si á tí consuelo
Te ha dado esta ciudad, y tú, fenicia,
Un reino fundas en el líbio suelo,
¡Envidiarás á la troyana gente
Que busque un suelo, donde al fin asiente,
En extraña region? Siempre que viste
La noche al mundo de su luto triste,
Mi padre Anquises, enojada sombra,
Mi pecho angustia al paso que me asombra,
Ni de la idea se me aparta el caro
Objeto, el hijo á quien me dice claro
Que agravio, y su acordada herencia impido.
Hoy el nuncio de Júpiter (lo juro
Por los dos), de él mandado, el éter puro
Surcando, me ha su voluntad traído;
Luminoso le vi salvar el muro
Yo mismo, entró su voz mi propio oído.
No agravas con las quejas el quebranto
Mío y el tuyo, á Italia no me lleva
Mi voluntad.» Exasperada, en cuanto
Cesó, rompe ella así con furia nueva:

«Ni una diosa tu madre, ni ha podido
Ser tu sangre de Dárdano; nacido,
Sí, del Cáucaso horrendo, á tigre fiera,
Feroz mamaste los odiosos pechos.
¡A qué disimular? ¡O ver se espera
Que pase á más en los indignos hechos?
¡Dió á mi llanto una lágrima? ¡Un instante
Se enterneció? ¡De una infeliz amante
Lástima tuvo? ¡La miró siquiera?
¡Qué más decir? Entiende que mi diosa,
La gran Saturnia y Júpiter divino,
Detestan ambos tu perfidia odiosa;
¡De quién fiar? Al naufrago mezquino
Acojo y doy dominio en mis estados,
Necia; su flota y súbditos salvados
Por mí se ven, á mole insana. Ahora
Tenemos los oráculos de Apolo
Y los de Licia, Anquises á deshora;
De Jove mismo el nuncio y mensajero
Por las auras venido, apremiadora
Orden á dar. No hay duda; ¡de esto sólo
Se ocuparán los dioses!..... Ya no quiero
Yo detenerte; vé, corre los mares;
Busca esa Italia, donde un reino esperas;
Mas si algo las deidades justicieras
Pueden, cuando más próspero bogares,
En escondido escollo de repente
Te estrellarás; y moribundo, Dido
Dirá tu voz. La temblarás ausente,
Armada contra tí con hacha ardiente.
Y cuando, del llagado pecho ido
Sea calor y espíritu, de espanto
A tu lado mi sombra, donde quiera,
Te llenará. De tanta ofensa, tanto
Castigo sea el galardón que ganas,
Y yo saberlo aliviará mis manes.»
Esto dicho, partiéndose, no espera
Contestacion; dejándole en el pecho
A Enéas voces y amargor. Del día
Huye la luz, y en cámara sombría
La alza la servidumbre á blando lecho.
Se angustia Enéas, que en el pecho siente
Amor cuanto piedad. Anhelaría
Consolar halagüeño á la doliente;
Empero, á los preceptos obediente
Del cielo, acude á revistar su flota.
Su voz dirige, alienta y apresura:

Ya la nave encallada al mar se bota,
Remos verdes, maderos sin hechura
Se traen de la selva, en la premura
De partir. Baján de cualquier manera
Los troyanos del pueblo á la ribera.
Tal bulle en torno de un monton de espigas,
Colonia audaz de pródidas hormigas,
De donde á su almacén lleven el grano
Para el invierno, anhelo del verano:
Va por sus vias en hilera larga
La tropa negra con la breve carga,
Paran algunas á ayudarse, y prisa
Le dan algunas á la que es remisa.
Todo es actividad. ¡Qué suerte amarga!
¡Cuáles, Dido infeliz, son tus enojos,
Desde tu alcázar el confuso estruendo,
Que al de las olas se mezclaba, oyendo;
El tráfigo fatal viendo tus ojos?
¡A cuánto obligas, oh pasión tirana!
Al llanto y ruego recurrir medita
De nuevo, á más humillación se allana,
Porque antes de morir nada se omite.
« ¡Ves ese odioso movimiento, hermana,
Dice á la suya, en la marina y puerto,
De Frigios todo en rededor cubierto?
Ya ponen á los mástiles coronas,
Ya al viento llaman las tendidas lonas.
De haber podido trance tan funesto
Prever, lo llevaría. Sólo esto
Haz, hermana, por mí; sola conoces
Su mente, y para el pecho de diamante
Trámites blandos y adecuadas voces;
De tí solía confiar bastante:
Ve rogadora al huésped arrogante.
Yo no juré con el airado griego
A Troya debelar á sangre y fuego
En Aulis; contra Pérgamo navíos
No envié; no de Anquíses venerando
La tumba profané. ¡Por qué negando
Se está licencia á los acentos míos?
¡Por qué la prisa? Esta merced postrera
Haga á una amante mísera siquiera:
Aura próspera aguarde y fácil ida.
No ya consorcio ni la fe vendida
Invocaré, ni que renuncie pido
Al Lacio ameno y reino prometido:
¡Tiempo, respiro en que posible sea
A mi desgracia acomodar la idea!
¡Última esa merced! De mí te apiada:
Yo con morir la dejaré pagada.»
Así rogaba, y llantos y gemidos
Una vez y otra vez llorosa lleva
La dulce Ana, sin que nada mueva.
Se opone el Hado. Al Héroe los oídos
Piadosos cierra un Dios. No de otra suerte
A un roble antiguo, por los años fuerte,
Batiéndole á porfía alpinos vientos,
Pugnan por arrancar: de hojas sembrada
Deja la tierra; cruje; empero á nada
Cede, aferrado el tronco á los cimientos;
Que su raíz al Orco se aproxima
Cuanto á los cielos se acercó la cima.
Al héroe así los llantos y lamentos
Combatieron el pecho inútilmente:
Su intento guarda la inturbada mente.
Entonces sí que Dido desdichada
Todo el rigor de su infortunio siente:
Morir quiere no más; mirar le enfada
Al cielo; y, porque mal á mal se añada,
Ha visto al ofrecer ¡horrendo caso!
Un sacrificio, derramar el vaso
Negra la leche, y convertirse el vino
En sangre: visto solo esto por ella,
Y áun para con su hermana el labio sella.
A sus estrados además vecino
Hay un recinto que á su muerto esposo
Consagró y orna en culto religioso
Con ramos verdes y albo vellocino.
De allí su voz oír se le figura
Llamarla triste entre la sombra oscura.
De su palacio tiene por costumbre
Ya un buho flébil visitar la cumbre,

De donde vierte fúnebre gemido.
Atérranla presagios de otros días;
Y el mismo Eneas fiero, aparecido
En sueños siempre. Que, dejada, erra
Sola imagina, y por ignotas vias
Busca á sus tirios en desnuda tierra.
Tal un tropel de Euménides impías
Y dos soles, y Tébas duplicadas
Pentéo ve; tal, lamentable ejemplo,
Oréstes, de su madre, huyendo al templo,
Da con las Furias al umbral sentadas.
Vencida del dolor, el pecho todo
Al furor entregado, y decidido
Morir, consigo acuerda el tiempo y modo.
Mas de esperanza con serena frente
Color dando al despecho, á la doliente
Ana le dice así la triste Dido:
« Hallé, hermana, camino, albricias dame
De dejarle de amar ó que él me ame.
» De Océano á los términos, que Apolo
Trata en su ocaso, y á Etiópia junto,
Do afirma Atlante el refulgente polo,
Se encuentra de la tierra un breve punto,
Fatídica mansion. Es donde mora
La gran sacerdotisa, en otra era,
Del hespérido templo celadora.
Ella daba al dragon su pasto, y era
Quien cultivaba el árbol do cogía
Líquida miel y helada adormidera.
Ésta ha venido aquí, de un fiel Masilio
Traída, á darme su potente auxilio.
Pues á las almas, á su arbitrio, envía
Los duelos tristes ó los lanza de ellas;
Los ríos pára, apaga las estrellas,
Manda en los manes. Tú verás su canto
Cómo arranca los árboles, y en tanto
Bajo su planta retremblar el suelo.
Por las deidades y por tí lo juro:
¡Oh dulce hermana! renüente apelo
A artes mágicas. Tú callada erige,
En aula interna y despejado techo,
Ancha pira: las armas del perjujo
Dejadas en mi cámara, y el lecho
¡Ay! donde me perdí, cuanto ha quedado
De él encima pondrás. Así lo exige
La alta sacerdotisa, y manda el Hado
Destruir cuanto fué de aquel malvado.»
Pálida al sumo habló; sospecha empero
No cupo en Ana del designio fiero
Que encubría, de azar más riguroso
Que la ocasión del inmolado esposo.
Con celo al tanto el cargo desempeña.
Al aire en lo interior la pira alzada,
Hecha de hachones y breosa leña,
Con guirlandas la Reina y con letales
Ramas la estancia autorizó: la espada,
La imagen de él sobre la pira pone,
Sin olvidar que ofrenda la corone.
Nuncias la cercan aras funerales,
Suelta la crin desordenada al viento,
Truena el acento en la tremenda boca
De la sacerdotisa; hórrida invoca
Númenes del terror tres veces ciento,
Y Erebo y Cáos, y la triple Dea.
Hierbas despues para el conjuro emplea
Nuevas, segadas en menguante luna,
En cuyo negro zumo está la muerte.
Sobre ellas agua del Averno vierte,
Y consiguió que al mixto se reuna
Excrecencia extirpada de la frente
De un potro nuevo. La infeliz doliente,
Descalzo un pié, la veste desceñida,
Ante las aras, en las pías manos
La oblacion, á los dioses soberanos
Impetra; y si hay alguno que no pierda
Fiel la memoria de la fe vendida,
Pide que vengador de ella se acuerde.
Era la noche: en medio de su giro
Los astros á los débiles humanos
Sueño sabroso y plácido respiro
Traían de fatigas y pesares:
Sosegadas las selvas y los mares,

Dormidos los ganados, y las gayas
Aves, ya al seno de tupidas hayas,
Ya cabe lagos, ya entre zarza ruda:
Todo era paz bajo la noche muda.
Mas no Dido infeliz duerme en su lecho:
Sueño para los ojos, para el pecho
Calma no hay. Repiten las fatigas,
El fuego, y destemplanzas enemigas
Su desdicha revuelve así consigo:
« ¡Qué hacer? ¡Iré, ludibrio de las gentes,
A requerir antiguos pretendientes?
¡Del Getulio, del Nómada, mendigo
Consorcio tantas veces desdefiado,
O de los frigios el benigno agrado
Morir en sus naves y le pido,
Por saberlos de pecho agradecido?
¡Me admitirían las soberbias naves?
Y si lo hicieran, crédula, ¿no sabes
Cuál trasmitió la fraude y la perfidia
Laomedonte á su progenie lidia?
Sin eso, ¿cómo ir? ¡Sola, y que sea
De ellos séquito yo! ¡Vendrán los tirios,
O la corte no más que me rodea?
Ellos, que de Sidon saqué violentos,
¿De nuevo han de querer, por mis delirios,
Correr los mares y arrostrar los vientos?
Muere, pues, cual mereces; tus tormentos
Más remedio no tienen. ¡Ay, conmigo
Demasiado piadosa, hermana triste,
Estos males primero tú me hiciste,
Y entregaste á mi bárbaro enemigo!
¡Inocencia no pudo el himeneo
Consentir!!! ¡No la fe tan prometida
Guardarse á las cenizas de Siquéu!.....»
Se exhala así la queja de la herida.
En tanto Eneas, en la popa alzada,
Seguro de partir, al sueño blando
Cedia, en todo providencia dada.
Del modo mismo otra vision, soñando,
Tiene, y lo mismo le amonesta: en nada
El rostro al de Mercurio es diferente,
Cabello y voz y juventud luciente.
« Hijo de Vénus, ¡entregarte, dice,
Al sueño puedes en peligros tales?
¡Sabes que intentos para tí fatales
En su mente revuelve la infelice,
Decidida á morir? ¡Y desperdicias
Las auras que oyes susurrar propicias!
Huye veloz mientras te da que huyas;
No tardarás en ver de naves suyas,
Teas é incendio horrible el mar cubierto,
Si la aurora te alumbrará hoy en el puerto.
¡Ea, pues, á partir! vária y mudable
Es la mujer.» El númen, sin que hable
Más, se oscurece en el vapor sombrío.
Palpitante despierta el jefe pio.
Llama, y los suyos anhelante activa.
« A las velas, amigos, á los remos;
Levad las anclas ó cortad los cables;
Así lo mandan órdenes de arriba:
¡Dios, quien quiera que fuiste, obedecemos!
Astros al cielo envía favorables,
Y ledo acude tú.» Dijo, y sacando
La espada régia, el cáñamo torcido
Troncha: todo es ardor el frigio bando.
Arrancan, rompen. De la playa huido
Ya prestos han: la flota el golfo abrumba,
Y boga fácil levantando espuma.
Aire y tierras la aurora en luz recama,
Dejándole á Títon el áurea cama.
A la primer vislumbre había al puerto
Dido mirado, y viéndole desierto,
Y allá las naves navegando ledas,
Tres, cuatro veces con su mano el bello
Pecho maltrata, arráncase el cabello:
« ¡Es ido..... huye! ¡oh Júpiter, que puedas
Tal consentir! exclama. ¡Un vil, un vago
Burlar así la Reina de Cartago!
¡Y no se precipitan ya los mios
De la ciudad! ¡No lanzan mis navíos
En pos! Armarse, mis fenicios; luégo
Remos y velas requerir, y fuego

Que incendie atroz. ¡Qué digo, y dónde, insana,
Estoy? Tu error, Dido infeliz, tocando
Ahora: entónces lo debieras, cuando
Cedias la grandeza soberana.
« ¡Y ése á su padre en hombros ha llevado,
Y que lleva á sus dioses de él se dice?
¡Y es su lealtad para conmigo ésa!
¡Y de su cuerpo trozos no he mandado
Hacer y al mar tirarlos! ¡No los hice
De su Ascanio y servirlos á su mesa!
¡Hubiera sido peligrosa empresa?
Y que lo fuese: ¡en qué temor repara
Quien va á morir? Sus naves sumergiera;
Sus tiendas incendiara; exterminara
Al hijo, al padre y á la raza entera,
Y sobre ellos gustosa pereciera.
¡Oh sol, que todo con tu antorcha clara
Lo alumbras! ¡Noble hija de Saturno,
Que mis agravios ves! Hécate muda,
Que por sus plazas con pavor saluda
De las ciudades el clamor nocturno;
Diosas del Orco, Furias vengadoras,
Númenes todos de la triste Dido
Moribunda, atended, y el merecido
Pago al inicuo dad; las frígias proras,
Si es fuerza, arriben á segura playa,
Si así lo quieren Júpiter y el Hado;
Que por un pueblo bélico asaltado,
De Ascanio léjos, prófugo, no haya
Quien le socorra; de los suyos vea
Matanza atroz. Si, á suerte, se resigna
A los conciertos de una paz indigna,
Nunca disfrute el reino que desea,
Sino que muera en su verano luégo,
Y en lodo vil le dejen insepulto.
Esto pido, este exhalo último ruego
Con el aura vital. Tirios, hermanos,
Odio jurad á los de Troya ciegos;
Mi feudo sea y de mis manes culto;
No haya paz, no haya acuerdo, ó queden vanos.
Sal de mis huesos, vengador ingente,
Que á fuego y sangre á la dardánia gente
Allá persigas, do cabrá, doquiera;
Opuestos mar á mar, playa á ribera,
Pido, arma al arma, esos conciertos traten;
Entónces, sin cesar, eternamente,
Nictos de nietos entré si se maten.»
Dijo, y aquí resuelve en qué manera
Sin tardanza dejar la vida odiosa,
Llamando á Bárces, ama de Siquéu
(Cubre á la suya en Tir la fria losa).
« Ama buena, le dice, este recado
Lleva á mi hermana; dila que deseo
Se purifique en la auspiciada fuente,
Y habilite las reses, cual mandado
Por la sacerdotisa ha sido. Vente,
La sien ceñida del listón sagrado.
A Jove Estigio el sacrificio luégo
Quiero hacer entablado antes; á cuanto
Del Dardánida fué pegarle fuego,
Y fin así poner á mi quebranto.»
Va la anciana á su cargo, y nada advierte.
Dido, espantada de su propio intento,
Descompuesta, el mirar sanguinolento,
La palidez de la cercana muerte
En la mejilla trémula, internada
¡Ay! ya en la estancia fúnebre, á la pira
Sube, desnuda la ominosa espada,
Presente suyo en otro fin; la mira;
Mira de Eneas los demas despojos;
Al que tálamo fué vueltos los ojos
Despues, suspende el llanto y la congoja,
Y de golpe al fatal lecho se arroja.
Voces, á poco, blandas proferia:
« Dulces prendas, el tiempo que los hados
Quisieron, recibid esta alma mia,
Y libertadme al fin de estos cuidados.
Vivi: cuan léjos diérame que ande
Fortuna, la carrera anduve, y grande
Mi sombra al Lete bajará. Preclara
Ciudad fundé; vengué mi esposo muerto,
¡Feliz, oh cuánto, si jamás á puerto

Líbio bajel dardánico llegará!»
 Pegando el rostro contra el lecho : «¡Al cabo
 Sin venganza morir!!! Muera, que muera.
 Basta; así, pues, así, contenta acabo.
 Desde la popa infiel, del sacrificio
 Este vea humear la ardiente hoguera
 El fiero, y siga bajo tal auspicio.»
 Venla caer, entrando, sus criadas,
 El acero sangriento, ensangrentadas
 Las manos. El clamor sube á los cielos,
 Llena la régia el eco de los duelos
 Femeniles; el pueblo se alborota,
 Como si en la ciudad bárbara flota
 Lanzase huestes, cúpulas y casas,
 Torres y templos reduciendo á brasas.
 A la impia nueva cae sin sentido
 Ana primero, ahora el dolorido
 Pecho y el rostro con sus manos hieren,
 Y por medio al bullicio atropellando,
 Se queja tierna á la infeliz que muere :
 «¡Con que, así me engañaste, hermana! ¡Cuando
 Una pira quisiste, era por esto!
 ¡Y entretenerme, y darme cargos era
 Para alejarme de tu fin funesto!
 ¡Y á tu hermana leal por compañera
 No quisiste! Segara entrambas vidas
 Un mismo filo y nos dejara unidas.
 ¡Críuel! Con inmolarle has inmolado
 A tu hermana, á los tuyos y al Estado.
 Aguas me dad para la herida; á suerte
 Si queda un débil hálito, lo quiero
 Aspirar, disputándolo á la muerte.»
 Las gradas superó su pié ligero,
 Contra su pecho á la espirante hermana
 Estrecha, ahogada en llanto; de la herida
 La sangre hirviendo en atajar se afana,
 Y su túnica enjuga la vertida.
 Los graves ojos Dido abrir procura,
 Y se han vuelto á cerrar; su vida apura,
 Siempre hirviendo la llaga en sangre nueva,
 Tres veces en un brazo alzarse prueba,
 Tres se derriba en el cojin. Del cielo,
 Con vista vaga entre afanoso velo,
 Busca la luz, y al encontrarla gime.
 Compadecida omnipotente Juno
 De la congoja que aquella alma oprime,
 Y difícil morir, á Iríde envia;
 Pues no muriendo por decreto alguno,
 Sino por sí y una pasión funesta,
 El cabello fatal suyo no había
 Proserpina cortado todavía,
 Y asignádola al Orco. Iríde presta,
 Mil colores luciendo al sol opuesta,
 Bate las alas húmidas y encima
 De la cabeza párase : «¡El mandato
 Cumplo que aguarda Dite, ejecutora
 Celeste, y de ese cuerpo te desato!»
 Dijo, el cabello corta, y se sublima
 Leve á su Olimpo. Ido el calor, ahora
 La vida por las auras se evapora.

DIDO.

EPÍLOGO.

Después que, en juegos que la Frigia usa,
 Han por Anquises funerarias honras
 Ilustrado los campos de Aretusa,
 Y, otra vez á las órdenes celestes
 Sumiso, se apartó del rey Acestes,
 Al fin ya Enéas cesa las espumas
 De surcar, y el ansiado suelo pisa
 En las arenas de la ausonia Cúmas.
 Solícito á la gran sacerdotisa
 Acude, á quien Apolo en bosque sacro
 Dió custodiar su noble simulacro,
 Y la Juno infernal la tierra entorno,
 Lindero extenso del tartáreo Aórno.
 « Ves á Enéas troyano, hijo de Anquises,
 Que pide ¡oh virgen! dícele, tu amparo,
 Mi pío ruego favorable atiende :
 Puesto que están las puertas y la via

Aquí por donde al Orco se descende,
 Dame que vaya hasta mi padre caro,
 Tú lo puedes, y ser mi fausta guia,
 ¡ Oh virgen ! á quien Hécate confia
 Esta region : él mismo que viniera
 A tí mandado me dejó y espera.
 Yo de mi suerte conocer arcanos,
 Y á mis futuros inclitos romanos,
 Entre las sombras que en bosquejo admite
 Anticipadas el umbral de Dite.
 » ¡ Oh de los dioses hijo! la Sibila
 Responde, alto Dardánida, al Averno
 Es obra fácil descender, abiertas
 Perennemente las fatales puertas
 Deja de Cérès el temido yerno.
 Pero volver atras y el áurea lumbré
 Gozar de nuevo, ése el empeño, ésa
 Es, príncipe troyano, la ardua empresa.
 Pocos, también progenie de los dioses,
 Que Júpiter amó, y al cielo alzaba
 Grande valor, pudieron. Si tanto
 Fué, como quiera, lícito que oses ;
 Si dos veces el suelo del espanto
 Y estigias aguas á tratar naciste,
 Oye lo que ántes cumple hacer. Existe
 Un ramo en la espesura de este valle,
 Cuyo vástago es oro, oro las hojas :
 Fué concedido sólo á quien le halle,
 Y suyo le haga, el ámbito profundo
 Atravesar del subterráneo mundo.
 Esta ofrenda Proserpina reclama :
 Arrancado, otro igual brota la rama.
 Búscale, pues, y cógele. Del Hado,
 Si verdaderamente eres llamado,
 Con tu mano se irá dócil ; empero,
 De lo contrario, no presumas ceda
 Á esfuerzo de hombre ni poder de acero.»
 Dijo. Enéas bajar, vertiendo aromas,
 Del cielo ve dos cándidas palomas,
 Que ser las de su madre reconoce :
 « ¡ Oh Diva ! exclama, acúdeme, y do sabes
 Que es mi ocasion, dirijanme tus aves.»
 Ellas, apenas han tocado el suelo,
 De nuevo se alzan, y de vuelo en vuelo,
 Sin alejarse nunca demasiado,
 Porque de vista no las pierda, paran,
 Posando, al fin, sobre el paraje ansiado.
 Espesa copa que derrama umbria
 Noche en el árbol : como quiera, el oro
 Entre la opacidad se traslucía.
 Suyo hizo Enéas el feliz tesoro.
 Con la Sibila entónces adelanta
 Hácia el Estigio la resuelta planta ;
 Oposicion el rígido barquero
 En balde intenta, y el feroz Cerbero ;
 El héroe allana la mansion de Pluto.
 Oye, á la entrada, débiles gemidos
 Ya trascender por el eterno luto :
 Son vírgenes, son jóvenes venidos
 Sin culpa, ó propio acuerdo, á fin temprano,
 Gimen no léjos otros que la muerte
 Ciegos se dieron con su propia mano.
 ¡ Oh, cuál quisieran á la dura suerte
 Que acabaron, volver ! ¡ Anhelo vano!
 Siete veces los cerca el lago horrendo.
 El paso Enéas más allá moviendo,
 Por los campos del lloro entra dolido,
 Donde de mirto obscuras alamedas
 Vagan las almas, en silencio triste,
 A quienes, impio amor, aquí trajiste,
 Sin que en la muerte calma les concedas.
 A Evadne y Fedra, Laódámia y Prócris
 Encuentra en esos pálidos caminos,
 Á Erifile enseñando las heridas
 De la mano de un hijo recibidas,
 Y á la consorte del severo Mínos.
 Estos los campos son, postere morada
 De angustia, adonde á Dido malhadada
 Predestinó su trágica fortuna.
 Cual entre nubes la naciente luna,
 Tal en la sombra de la selva errante,
 Descubre el héroe á su ofendida amante.

Y, acercándose, así, Dido infelice,
 Bañado el rostro en lágrimas le dice
 Con amorosa voz : « Nuncio seguro,
 ¡ Ay! demasiado, refirió tu muerte ;
 Y yo, ¡ triste de mí ! ¡ la causa he sido !
 Por las deidades del Olimpo juro,
 Por las lumbreras del Empíreo, y cuanto
 Los manes tienen de solemne y santo,
 De tu reino, princesa, haber partido
 A mi pesar : las órdenes del cielo,
 Por quienes ando en la region del duelo,
 Del mismo modo me obligaron. Nunca
 Pude tampoco imaginar pendia
 Extremo tanto de la ausencia mia.
 Deten el paso; con rigor no quieras
 De tu vista privarme: las postreras
 Palabras van á ser éstas que el Hado
 Hablarte, amada sombra, me consiente.»
 Decía, de aplacarla esperanzado.
 Ella, sin que despeje el halagüeño
 Encarecer su desabrido ceño,
 Cual si grabado por cincel valiente
 De estatua hermosa en la mármorea frente,

Vueltos los ojos á otro lado, sólo
 Con la mano le indica adonde mire.
 Mira Enéas y ve ¡ triste portentoso!
 Una figuracion de mausoleo,
 Sombra y verdad, eterna y monumento:
 Una encendida pira, nórrida hoguera,
 Y un lecho encima, en él atravesada
 Su misma amante con su propia espada.
 Empero al lado, con mirada fiera,
 Un guerrero africano, en quien la rica
 Armadura denota el alta esfera,
 Otros dolores que advertir le indica.
 Del tímulo elocuente el ancho estrado
 Está, y el suelo más allá, sembrado
 De anillos de oro, y dice cada anillo
 Una cabeza de romano insigne,
 Uno entre mil pasados á cuchillo.
 Respaldao el vengado mausoleo,
 En haces forman cuádruple trofeo
 Boca abajo las águilas romanas,
 Y encima de estos bélicos despojos
 Graba una mano en caracteres rojos :
 Tesino, Trébia, Trasimeno y Cánas.

FIN DE LAS POESÍAS DE DON JUAN MARÍA MAURY.